

Volumen XII

Abril 1.º de 1916

Número 113

REVISTA  
del  
COLEGIO MAYOR  
de  
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova et vetera*

BOGOTA  
IMPRESA DE SAN BERNARDO  
MCMXVI

## CONTENIDO

Un Jesuita novelista.....	ROBERTO GOENAGA
Un reportaje.....	MARTÍN RESTREPO MEJIA
Rima.....	J. F. FRANCO QUIJANO
Discurso.....	FERNANDO DE LA VEGA
ACTOS OFICIALES. I—Renun- cia de tres inspec- tores.	
II—Provisión de la pri- mer colegiatura.	
III—Aprobación de un nombramiento de ca- tedrático.	
IV—Aprobación del nom- bramiento de Sí- ndico.	
El Hermano Luis Gonzaga. Honos a un catedrático. «Incapacidad en la sucesión»	
Domingo Ortiz.....	IGNACIO CARRASQUILLA
Nuevo Delegado Apostólico. Una obra curiosa.....	A. GOMEZ RESTREPO
El ciego.....	EMILIA PARDO BAZAN

# REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, abril 1.º de 1916

## UN JESUITA NOVELISTA

P. LUIS COLOMA

(Traducido de la *Civiltà Catolica* para la REVISTA DEL ROSARIO,  
por Roberto Goenaga).

### I—EFICACIA EDUCATIVA DEL CUENTO

La literatura narrativa domina en nuestros días el campo de las ideas, así como la prensa diaria y periódica. Siendo esta relativamente pasajera hace que las ideas, atropelladas por otras que se suceden en la hoja, no tengan tiempo para imprimirse profundamente en el espíritu del lector, más o menos distraído por la variedad y multiplicidad de las cuestiones y de los hechos del día; por el contrario el cuento, subyugando la atención con el interés de la narración, con los atractivos del estilo escogido y sobre todo con la eficacia del arte, encarna las ideas y las hace vivir primero en la fantasía, luego en la mente y en el corazón del lector. Si es verdad que la prensa cotidiana hace que este último piense y quiera cuanto piensa y quiere el periódico preferido, no es menos cierto que el lector de novelas, especialmente la juventud y el bello sexo, piensa y quiere y aun vive y obra según los personajes que el arte narrativa le presenta como modelos.

Hé ahí por qué el celo sacerdotal no ha descuidado nunca este medio, para sembrar buenas ideas mo-

rales y religiosas, para suscitar nobles sentimientos e impulsar hacia la virtud, revistiéndola de los atractivos y encantos del arte. Así han hecho los Reverendos Padres Antonio Bresciani, Rafael Ballerini y José Franco.

Para estos tres insignes escritores la novela fue una predicación, a la cual agrega amenidad y eficacia el arte narrativa peculiar a cada uno de ellos: viveza descriptiva, pureza y aristocrática elegancia de lengua en el Padre Bresciani; exquisita delicadeza de sentimientos en el Padre Ballerini; variedad y gracia pedagógica en el Padre Franco; en los tres, amoroso cuidado por la sencillez del lenguaje y por lo escogido del decir.

Y así, desde las alturas ideales, donde los conserva el encendido celo por la virtud, no supieron descender de cuando en cuando para contemplar momentos aún más vivos y más verdaderos de la vida real. Quien lee sus cuentos siente recrear el espíritu con nobles sentimientos y se deleita con las gracias de la lengua y del estilo, pero también advierte cierto alejamiento de la vida vulgar y un no se qué de pasado que, aun agradando, no lleva a los lectores de los tiempos presentes a una completa persuasión. Dichos escritores están muy lejanos de cualquier contaminación con el realismo que envenena la literatura de la novela contemporánea. Este es uno de sus méritos, indiscutible, pero hubieran podido, sin caer en el realismo, sacar algún provecho dando mayor viveza a los colores de la vida real.

## II—ESPECIAL CHARACTER DEL ARTE NARRATIVA DE COLOMA

Con más perfección respecto al arte que se informa en la realidad, y no diversamente por lo que toca al ideal, trató el cuento y la novela el Padre Luis COLOMA, jesuita español, cuya muerte, acaecida en junio pasado,

nos hace llorar la pérdida de un artista, apóstol de la literatura narrativa, y nos induce a hablar de él como de un hombre verdaderamente ilustre y benemérito de la fe no menos que de las bellas letras. Supo unir a la pureza del ideal cristiano el colorido vivaz y fresco de la vida real, hasta llegar a dar la más perfecta verosimilitud a los personajes y las circunstancias, conservándose al mismo tiempo alejado de los excesos del realismo.

Antes de entrar a la Compañía de Jesús, en octubre de 1874, Luis COLOMA había terminado el curso universitario de Derecho en Sevilla, después de haber hecho los primeros estudios en la Escuela naval de San Fernando; nació el 9 de febrero de 1851 en Jeréz de la Frontera, risueña ciudad de Andalucía, y desde niño mostró vivísimo espíritu de observación que tuvo ocasión de ejercitar durante su carrera de estudiante, frecuentando la sociedad aristocrática a la que pertenecía por condición de familia. Todos estos elementos favorecidos por su índole y por las circunstancias que lo rodeaban, eran propicios para hacer de él un verdadero artista de la narración; le inculcó ardiente celo por la virtud y nobleza de ideales la profunda y sólida educación religiosa que recibió en la familia; le faltaban, con todo, el arrojo y encarrilamiento para comenzar, pero estos le fueron enseñados por una insigne escritora cuyos cuentos, durante su infancia, habían servido de delicioso pasto a su imaginación y a su corazón generoso.

Esta escritora fue la célebre Cecilia Böhl de Faber, Marquesa de Arcohermoso, nacida de padre alemán y de madre española, creadora de la novela de costumbres en España y conocida en el mundo literario con el pseudónimo de *Fernán Caballero* (1796-1877). El encuentro del joven COLOMA con la ilustre escritora, ya septuagenaria, tiene hechos que manifiestan claramente

desde el principio el genio y la forma literaria que había de manifestar después el nuevo escritor.

COLOMA había leído en un viejo periódico un cuento de fácil y sencilla estructura, cuyo argumento sin embargo se desenvolvía en las angustias del más desconsolador ateísmo; tuvo inmediatamente la idea de convertir en cristiano el cuento ateo, conservando los mismos personajes y desarrollo y embelleciéndolo con gracias literarias sacadas de Fernán Caballero. El análisis del cuento, que era su primera obra literaria, puede reducirse a la siguiente fórmula, según lo dice briosamente el mismo COLOMA: dos quintos de Fernán Caballero, más dos quintos del cuento original, más un quinto de buena voluntad con la cual agitó, trituró y convirtió en una sola substancia, todo aquel conjunto de substancias heterogéneas, lo dedicó a la escritora y solicitó de ella el honor de una entrevista. Este primer encuentro fue para él la iniciación de sus relaciones de amigo y de discípulo con la señora Böhl y un acontecimiento que decidía su vocación. El lo escribe con la gracia de su estilo peculiar y con la conmovedora eficacia de las más gratas reminiscencias, en los primeros capítulos de los *Recuerdos de Fernán Caballero*.

No hay quien no descubra a primera vista en este exordio literario de COLOMA su fe profunda y sincera, que trata de estimular el arte para producir obra vital de bien. De este primer hecho, y de la tendencia que manifiesta, debe juzgarse no tanto al hombre cuanto a su obra y a su especial personalidad literaria.

Todos los cuentos del Padre COLOMA tienen esta característica: la más pura y exquisita esencia de piedad cristiana; la más rígida severidad moral al lado de las miserias reales y, algunas veces, del fango de la vida terrena. Pero toda esa trama de virtudes y vicios que se extienden hasta los más escondidos rincones está iluminada, purificada y dominada por la atmósfera

de lo sobrenatural. El cielo está en continua relación con la tierra.

Y así, a quien lo contempla por un solo aspecto, podrá parecer muy severo, demasiado pío, exageradamente religioso y no menos místico, que dirían algunos; a otros, por el contrario, hará la impresión de demasiado humano y algunas veces bastante mundano y aun crudo realista. Pero esto no es de extrañar una vez que los hechos narrados y los personajes descritos son sacados de la vida real, de todas las clases sociales, preferentemente de la aristocrática; las virtudes y los vicios están iluminados y avalorados con el criterio sobrenatural, lo que hace que las falsas virtudes y la hipocresía del vicio sean descubiertas y severamente juzgadas, la malignidad azotada y la virtud valerosamente defendida, aun contra la bondad inconsciente.

En consecuencia, los unos tocados en la llaga, pero en el fondo persuadidos de que dice la verdad, lo calificarán de predicador molesto, de indiscreto y realista; los otros, que no se preocupan de religión ni de moral sino de arte, admirando la fineza de éste, despreciarán el contenido sólido y macizo y lo tratarán de español místico y fanático. Sólo el que está de acuerdo con la propia conciencia y tiene rectitud de miras, concederá la razón al ilustre escritor y, teniendo en cuenta el armónico y ordenado enlace entre lo ideal y lo real, entre lo sobrenatural y lo humano, le dará la palma como a un verdadero apóstol en el campo del arte narrativa.

### III—PERFIDIA E INGENUIDAD EN LOS PERSONAJES DE COLOMA

La novela que hizo más ruido, entre el ardiente contraste de aplausos y de críticas, y que inmediatamente le dio la fama de novelista de primer orden fue *Pequeñeces...*, traducida a las principales lenguas, entre ellas el italiano, con el título de *Piccolezze...*

En ella COLOMA expone al público un cuadro muy verosímil, de aquella parte de la sociedad aristocrática de Madrid que, en las frivolidades mundanas, malgastaba el patrimonio material y moral transmitido por sus severos antepasados. *Inde irae...* Pero el fruto no fue pequeño; el autor no se desalentó y su novela dio lugar a una importante misión que se llevó a cabo en *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, periódico religioso bastante difundido, aún hoy, en España.

Aludimos a ella, por ser la más conocida y celebrada de las novelas del Padre COLOMA, de la cual hemos tratado largamente en esta Revista. En el relato el principal personaje es Currita, Condesa de Albornoz, de pérfida malignidad mundana, sin par, que procura la ruina moral de cuantos la rodean, dependen de ella o se le acercan, haciéndolos instrumentos o víctimas de su ambición.

Así se ponía en la picota la viperina perfidia.

Pero no menores ruinas siembra la mortificante ingenuidad que se hace instrumento inconsciente de la perfidia de los demás. Este tipo bonachón que puede servir de pantalla a todas las iniquidades, merecía también la celosa sátira de COLOMA, quien creó uno de indescriptible verosimilitud, *La Gorriona*, que es una pequeña obra de arte. Damos de ella un resumen.

La Condesa de Santa María, es rica, viuda, entrada en años, corpulenta, de buen corazón pero de corto juicio, pia, religiosa hasta satisfacer su espíritu ingenuo y tranquilo, sencilla, no precisamente como la paloma, sino más bien como un ganso, sin sombras de penetración ni de prudencia. Vive rodeada de parásitos. Para consolarse de la falta de hijos recoge en su palacio en fiestas, bailes y diversiones una interminable plaga de sobrinos, no menos de veintisiete, a los que otorga su protección con magnificencia aristocrática. Sin embargo al amparo de esta protección algunos de ellos maqui-

nan no limpias intrigas, de las cuales no se da cuenta la Condesa ni quiere abrir los ojos a pesar de los sabios consejos de un viejo sacerdote. Ella vive satisfecha del aire exterior de compostura y urbanidad señorial de todos aquellos que frecuentan su casa; tiene además a sus órdenes, de ayudante-custodio, de la turba juvenil, al viejo señor Recaredo Conejo, quien iba a la par con la Condesa en cuanto a la tonta ingenuidad, de tal modo que las intrigas, en vez de tener una sola pantalla, tienen dos, para desarrollarse con comodidad y bajo cubierta.

La Condesa, infatuada de lo numeroso de su familia, no descubre que de dicha debilidad se sirven tres o cuatro de sus sobrinos más o menos sin vínculo de parentesco, para hacerla resolver no obstante sus escrúpulos religiosos, a dar un baile en cuaresma, porque le han metido en la cabeza que el señor Gobernador está muy disgustado de que en casa Santa María, en la última fiesta de carnaval, se hubiera bailado un minué considerado como antidinástico... Sin trabajo la Condesa y el digno don Recaredo, caen, de pies y manos, en la trampa.

Se da el baile, y por añadidura de máscaras, durante el cual los urdidores de la trama llevan a cabo su empresa. Se hace alejar al guarda de la moralidad, don Recaredo, con una pésima broma; atrasan dos horas los relojes porque la Condesa, para tranquilizar sus escrúpulos de conciencia, había prescrito que todo terminaría al toque de las doce; un caballero y una dama desaparecen con no buenas intenciones. Otro infame lazo se estaba tendiendo contra una cándida e inocente niña cuando una favorable casualidad permite escuchar a la Condesa, sin ser vista, una conversación entre dos de los jóvenes invitados, la cual la pone al corriente de todas las infamias de que era víctima; de tal modo la Providencia hace que la Condesa llegue a tiempo para

salvar a la inocente. La buena señora, demasiado buena, abre definitivamente los ojos y entra en juicio, aunque tarde.

Esta es la trama del cuento. Nos hemos detenido al exponerlo para que se haga notorio el fin noble y moral del escritor, fin no originado en las nubes de un excesivo realismo, pero sí en la relación práctica con la vida. Todo cuanto los celosos predicadores dicen contra los bailes, los disfraces y las reuniones mundanas, está allí sabiamente expuesto en la sucesión de los hechos.

¡Séanos permitido decir que la elocuencia de los hechos no es menos eficaz que la de los rayos oratorios lanzados desde el púlpito. El fruto que saca de los cuentos del Padre COLOMA la alta sociedad española demuestra que no es exagerada nuestra anterior afirmación.

#### IV—ELOCUENCIA DESCRIPTIVA

Hemos hablado de elocuencia de los hechos en los cuentos del jesuita español, pero creemos que no nos sea lícito excusarnos de demostrar en qué consiste. La elocuencia es un arte; ahora bien, el arte de COLOMA es refinado al pintar a lo vivo los personajes y las situaciones, de tal manera que el lector ve desarrollarse los acontecimientos bajo sus ojos, oye hablar los personajes y los distingue tan vivos y tan verdaderos que no puede negar a su conciencia la verdad de todo el conjunto: personas, hechos, consecuencias, enseñanzas.

Si un defecto puede notarse en el arte de COLOMA ese consiste en la abundancia de pormenores con los cuales se deleita en explicar *ad unguem* a su personaje: «Era la Condesa de Santa María la más gorda de las mujeres sensibles: su corpulencia, su bigote, su vocejón de bajo profundo le habían conquistado entre

los no escasos burlones de la meridional X., el nombre de El Sargento Santa María. Mas a pesar de su marcial apodo, tenía la Condesa un corazón de me rengue, de cuyo dulce jugo chupaban a mansalva desgraciados y parásitos; su bolsa estaba siempre abierta para socorrer desgracias verdaderas o fingidas, y su casa de par en par para diversión de amigos y parientes.» Sigue el escritor dando cuenta de sus penas de viuda sin hijos que la hacen prorumpir en cómicos lamentos y sus incontrastables consecuencias: «Por eso era para ella tan buena obra, y encontraba su corazón igual placer en socorrer a un desvalido diciendo con voz estentórea: ¡Sé lo que es sufrir!, que en dar un baile, exclamando entre suspiros: ¡Porque he sufrido mucho, quiero que los demás se diviertan! Mujer sencilla y del todo ignorante de la malicia humana, miraba con benigna complacencia la brillante juventud que llenaba sus salones, y creyendo a todos de ejemplar conducta, decía suspirando: '¡Angelitos!... Cómo se divierten!... ¡Así debía de ser ahora mi pobre Mateo!...'»

Estas últimas palabras se refieren al doloroso acontecimiento de la vida de la Condesa: el nacimiento prematuro de un esclarecido varón que habría debido perpetuar la ilustre Casa de Santa María; nació muerto, pero no obstante esto, se le impuso el nombre de un antepasado: Mateo... Mateo era el asunto de sus elogios y de sus elegías, argumento obligatorio de alabanzas y lloriqueos de los aduladores y parásitos.

Estos rasgos, unidos a un españolismo raro en las mujeres de su clase, a un orgullo de su raza y a un fondo de piedad bien intencionada pero no siempre bien dirigida, acaban de completar su retrato. La Condesa entra en acción con los personajes; la vemos, la oímos, como si hablase y se moviese ante nuestros ojos. Hagamos ahora la presentación de los otros personajes.

El que más sobresale y que con más frecuencia está bajo el humor cáustico de la sátira de COLOMA es «una señorita desteñida, pasada ya de los treinta años, edad funesta, en que la mujer frívola que desechaba a los quince al coronel del regimiento, suspira por el tambor mayor, antes que doblar soltera el Cabo de la Buena Esperanza. Daba, sin embargo, saltitos como su galguita inglesa; hacía dengues y monadas como pollita tierna de quince años, y tenía o afectaba tener la travesura y aturdimiento de una colegiala de trece. Llamábase Ritita Ponce.» A pesar de todos sus fingimientos, en una ocasión se le toma por la madre de una niña de quince años. ¡Catástrofe magnífica que acaba con todas sus artes! Ella es el artifice principal del engaño con que debe convencerse a la Condesa a dar el baile en Cuaresma; las mentiras que dice, sin rodeos y con cara de bronce, son sin número.

Dejemos otros tipos secundarios de la mundana juventud que se acepta en la casa Santa María y demos una ojeada a la inocente ingenua Blanquita que se hubiera perdido en aquella frívola sociedad, sin un milagro de la Providencia. El Padre COLOMA la describe en pocos rasgos haciéndonos sentir la fragancia celeste de aquella alma inocente; la seguimos temerosos entre los peligros que corre y sentimos quererla tanto, que nos hace amar la bondad, la sencillez y el candor de la niña cristiana, mientras oímos las terribles palabras de Jesús: «¡Ay de aquel que escandalizare la inocencia!»

#### V—UN TIPO ORIGINAL

Pasemos ahora a conocer al inefable don Recaredo Conejo.

Al crear este tipo singular, o mejor dicho, al ajustar en un personaje todos los caracteres de la realidad determinados en varios individuos, el jesuita novelista prodigó todos los colores de su paleta satírica.

Con los personajes que hacen el mal con intención o premeditación, en los cuales la malignidad se cubre con el manto de la hipocresía, el Padre COLOMA no tiene piedad, su sátira es como el silbido del látigo y parece un eco de las palabras de Jesucristo contra los fariseos: *progenies viperarum!* raza de víboras! Currita Albornoz, de *Pequeñeces*, Ritita Ponce, de *La Gorriona*, Pepita Ordóñez, de *Por un piojo*, son de tál hechura y llevan en los rasgos de la cara las huellas indelebles de los azotes satíricos del valiente escritor.

Por el contrario con los otros, que se prestan inconscientemente, por ingenuidad, a la malignidad de los que de ellos se sirven para hacerlos caer en el mal, la sátira de COLOMA no podría ser violenta sin ser injusta, pero debe ser sátira y por lo tanto desfogar el celo de su espíritu dando inmensa variedad de colorido, de particulares y de falsas situaciones a esos desgraciados manequies del germen diabólico del mal. La sátira es en ocasiones garbosa y sutil, pero en compensación es más alegre y vivaz. Así pinta COLOMA a la Condesa de Santa María y a su don Recaredo. Este es un tipo entre el parásito y el adulador que no es ni lo uno ni lo otro, porque de éstos no posee la malicia, aun cuando dé lugar a las mismas consecuencias.

En boca de don Recaredo la adulación no es realmente hipócrita, porque tiene la ingenua persuasión de que dice la verdad; su adulación es casi una ignorancia y una estolidez que causan compasión, pero que no deja de tener las mismas consecuencias de la hipocresía adúladora; su parasitismo es inofensivo: no es una sanguijuela que chupa la sangre ni tampoco una yedra que se enreda: «vivía don Recaredo pegado, como un pobre molusco, a la roca monumental de la casa de Santa María,» dice COLOMA con expresiva imaginación.

A cada cambio de Ministerio, el buen hombre, necesitando del apoyo de la Condesa para poder conservar el modesto empleo conseguido por el Conde «escribía una elegía a la prematura muerte de Mateo, que complacida la Condesa iba coleccionando en un álbum,» porque, como dice COLOMA con fino humor satírico, don Recaredo era poeta y poeta erudito, formado exclusivamente de dos libros: *El arte de hablar en prosa y verso* y *El Diccionario de la Conversación*, de los que leía diariamente diez páginas, de las que hacía gala en la primera oportunidad, sin cuidarse de que fueran o no a propósito en la conversación.

Satisfecho de estas cosas, dividía su tiempo entre el culto de las musas y su empleo, consagrando el resto de su vida a conciliar los dos extremos opuestos de un problema higiénico-social: su terror por los resfriados y su culto por la cortesía. «Don Recaredo era cortés hasta consigo mismo, y aun al entrar solo por una puerta solía apartarse maquinalmente, como si quisiese hacer a su sombra el honor de pasar primero.»

Sería muy largo seguir al brillante escritor en su extremada diligencia para describir su héroe, a través de las desgracias que le hacían cada vez más difícil la solución de su problema como la pérdida del cabello y la respectiva peluca, causa inocente de tantas desdichas. Concluamos con las últimas pinceladas del retrato.

COLOMA lo describe como si lo hubiera conocido en su juventud: «Aún nos parece ver su redonda carita, flanqueada por dos estrechas patillas grises, que encerraban como dos paréntesis a una frase, sus ojitos tiernos, su encarnada nariz difamadora injusta de sus sobrios gustos, y su boca hendida y siempre en movimiento, como una válvula de seguridad, que le permitiese desprenderse del exceso de plenitud del *Diccionario de la Conversación*.» El escritor siente tenerle afecto y termina: «Cuando la vista no descubre en tor-

no sino horrores y miserias, deléitase el ánimo, deteniéndose, triste a la vez que risueño, ante esos tipos que reúnen, a la sencillez más honrada, las más inofensivas ridiculeces.»

Con todos sus defectos, don Recaredo nos parece más simpático que su semejante de *Pequeñeces*, *Tío Frasquito*, viejo ni perverso ni bueno ya que «no tenía vicios conocidos»; era, sin embargo, vanidosísimo, se rodeaba de toda elegancia y suplía a los defectos y achaques de la edad «con las treinta y dos cosas positivas en su cuerpo», entre las cuales una muy voluminosa, una nalga de corcho. «Hubiérase dicho que el tío Frasquito que se acostaba, era la raíz cúbica del tío Frasquito que, relleno y compuesto, se exhibía por todas partes.» La sátira es menos hiriente y se dirige muy bien contra el viejo vanidoso, como quiera que la vanidad es una de las tres cosas más detestables al corazón del sabio, según la Escritura (Ecles. 25—4).

#### VI—NOVELA Y PREDICACION

El desfile de los personajes de *La Gorriona* no está completo, pero bastan los ejemplares mencionados para dar una prueba de la elocuencia del insigne novelista español.

Nos falta un tipo que es el principal en todas sus obras: el sacerdote. Este es el personaje que en mayor grado lleva el elemento sobrenatural en las obras de COLOMA, pero es también el representante del buen sentido, de la discreción y sobre todo de aquella filosofía cáustica que funda sus argumentos de la larga experiencia. En *La Gorriona* es don Rufino quien va haciendo el signo de la cruz en las salas de la Condesa de Santa María, al siguiente día del baile de Carnaval. Irritada la Condesa le pide explicaciones y él responde de la manera más cándida del mundo: «...Por

A cada cambio de Ministerio, el buen hombre, necesitando del apoyo de la Condesa para poder conservar el modesto empleo conseguido por el Conde «escribía una elegía a la prematura muerte de Mateo, que complacida la Condesa iba coleccionando en un álbum,» porque, como dice COLOMA con fino humor satírico, don Recaredo era poeta y poeta erudito, formado exclusivamente de dos libros: *El arte de hablar en prosa y verso* y *El Diccionario de la Conversación*, de los que leía diariamente diez páginas, de las que hacía gala en la primera oportunidad, sin cuidarse de que fueran o no a propósito en la conversación.

Satisfecho de estas cosas, dividía su tiempo entre el culto de las musas y su empleo, consagrando el resto de su vida a conciliar los dos extremos opuestos de un problema higiénico-social: su terror por los resfriados y su culto por la cortesía. «Don Recaredo era cortés hasta consigo mismo, y aun al entrar solo por una puerta solía apartarse maquinalmente, como si quisiese hacer a su sombra el honor de pasar primero.»

Sería muy largo seguir al brillante escritor en su extremada diligencia para describir su héroe, a través de las desgracias que le hacían cada vez más difícil la solución de su problema como la pérdida del cabello y la respectiva peluca, causa inocente de tantas desdichas. Concluyamos con las últimas pinceladas del retrato.

COLOMA lo describe como si lo hubiera conocido en su juventud: «Aún nos parece ver su redonda carita, flanqueada por dos estrechas patillas grises, que encerraban como dos paréntesis a una frase, sus ojitos tiernos, su encarnada nariz difamadora injusta de sus sobrios gustos, y su boca hendida y siempre en movimiento, como una válvula de seguridad, que le permitiese desprenderse del exceso de plenitud del *Diccionario de la Conversación*.» El escritor siente tenerle afecto y termina: «Cuando la vista no descubre en tor-

no sino horrores y miserias, deléitase el ánimo, deteniéndose, triste a la vez que risueño, ante esos tipos que reúnen, a la sencillez más honrada, las más inofensivas ridiculeces.»

Con todos sus defectos, don Recaredo nos parece más simpático que su semejante de *Pequeñeces*, *Tío Frasquito*, viejo ni perverso ni bueno ya que «no tenía vicios conocidos»; era, sin embargo, vanidosísimo, se rodeaba de toda elegancia y suplía a los defectos y achaques de la edad «con las treinta y dos cosas positivas en su cuerpo», entre las cuales una muy voluminosa, una nalga de corcho. «Hubiérase dicho que el tío Frasquito que se acostaba, era la raíz cúbica del tío Frasquito que, relleno y compuesto, se exhibía por todas partes.» La sátira es menos hiriente y se dirige muy bien contra el viejo vanidoso, como quiera que la vanidad es una de las tres cosas más detestables al corazón del sabio, según la Escritura (Ecles. 25—4).

#### VI—NOVELA Y PREDICACION

El desfile de los personajes de *La Gorriona* no está completo, pero bastan los ejemplares mencionados para dar una prueba de la elocuencia del insigne novelista español.

Nos falta un tipo que es el principal en todas sus obras: el sacerdote. Este es el personaje que en mayor grado lleva el elemento sobrenatural en las obras de COLOMA, pero es también el representante del buen sentido, de la discreción y sobre todo de aquella filosofía cáustica que funda sus argumentos de la larga experiencia. En *La Gorriona* es don Rufino quien va haciendo el signo de la cruz en las salas de la Condesa de Santa María, al siguiente día del baile de Carnaval. Irritada la Condesa le pide explicaciones y él responde de la manera más cándida del mundo: «....Por

si quedaba por ahí algún diablo de los del baile de anoche, señora Condesa.... Por eso nada más; créamelo usted....»

La conversación que sigue entre la Condesa y el viejo sacerdote es la de más gusto y más instructiva que haya escrito el brioso novelista predicador. No se podría decir con más cortesía satírica, oportunidad, atractivos, eficacia y persuasión todo el mal que han dicho y dirán todos los predicadores, de los bailes y de las fiestas mundanas. La sutil palabra de don Rufino, en contraste con la cómica ingenuidad de la Condesa, es incomparable cuadro de la vida y de la realidad, sobre la cual dominan incommovibles las razones eternas de la moral y de la religión.

La Condesa no puede estar tranquila por el gesto, según ella ofensivo, con que don Rufino se refería a los diablitos del baile y exclama:

«—No se me haga usted el tonto, que nos conocemos de muy antiguo, y sé que tiene usted más conchas que un galápagos.... Siempre me está usted tirando pullitas sobre los bailes y las tertulias.... ¿En qué libro viejo ha leído usted que el diablo no falta a ningún baile?»

Don Rufino se dio una palmada en lo alto de su pelada cabeza, y dijo muy serio:

—En este, que lleva ya setenta y dos años de impreso.

—¿Pero qué idea tiene usted de lo que es un baile, don Rufino bendito?... ¿Ha visto usted alguno en su vida?

—Por el derecho, ninguno.... Por el revés, muchos....

—Y quiere usted decirme cuál es ese revés y cuál ese derecho?....

—El derecho es lo que usted ve en su casa; el revés lo que veo yo en el confesonario....

D. Rufino continúa en el más conpungido de los tonos:

—Pues oiga usted, y no se asuste: todas estas reuniones de jóvenes que se divierten, no son pecaminosas de suyo.... Però sabe usted lo que la malicia de esos mismos jóvenes hace de ellas? Pues brillantes centros de prostitución moral, en que no se prostituyen los cuerpos, porque no se puede, però se prostituyen las almas con el deseo....»

El enojo de la Condesa llega al colmo, pero don Rufino continúa sin misericordia. La pobre inconsciente luégo se dará cuenta, cuando sepa que por algunos jóvenes mal educados, de correctísimas apariencias, que frecuentan su casa es llamada en jerga *La Gorriona*, nombre de una vieja infame que tenía una casa innombrable.

«La primera vez que vio la Condesa a don Recaredo, le hizo a boca de jarro esta pregunta:

«—Don Recaredo.... Quién es *La Gorriona*?....

—*La Gorriona*?—contestó el erudito desconcertado. *La Gorriona*?.... Pues la gorriona debe ser la hembra del gorrión....

—Claro está!—replicó impaciente la Condesa. Como la *coneja* debe ser la hembra del *conejo*....

Don Recaredo se mordió los labios mortificado.... Acordóse entonces de que el gorrión, lo mismo que el conejo, no tienen hembra alguna nominal, por pertenecer ambos al género epiceno.»

Algunos meses después la Condesa leyó en un periódico que había sido encarcelada una vieja infame, conocida con el nombre de *La Gorriona*. Se le cayó de las manos la hoja, enrojació su rostro como herido por una bofetada y dos lágrimas de ira y de vergüenza brotaron de sus ojos.

«—Bien lo merezco!....— murmuró. Tenía razón don Rufino.... Para eso servía mi casa!....»

No puede negarse que la lección es terrible. Las palabras son tal vez muy duras, pero ¿qué puede hacer el escritor si los vicios de la sociedad dorada son la ruina de tantas almas? ¿Necesita seguramente ocultarlos, empalidecerlos, olvidado de las terribles palabras de Jesús: *vae mundo a scandalis*? El escritor no puede ocultar la verdad, debe sólo cuidarse de la moderación de la forma de manera que, *qui potest capere capiat* y quien debe comprender que comprenda y éntre en juicio de una vez. El Padre COLOMA no da paliativo, no gasta ni siquiera una palabra elegante; nó hace despilfarros del mismo hecho seductor al aludir al vicio: él lo flagela hasta que vierta sangre, lo cubre de ridículo, pero es necesario que, quien deba entender entienda, sepa que él flagela el vicio y no un fantasma de imaginación angosta y de exagerado temor.

Ese es el realismo del Padre COLOMA.

Es el mismo de los oradores sagrados; es aquél que arma de eficacia a los Santos Padres en sus invectivas contra el lujo y la desmoralización. Quien no gusta oír los predicadores o no tiene tiempo ni voluntad para leer los Santos Padres pero desea lecturas amenas y entretenimientos placenteros, encontrará en el Padre COLOMA las mismas sagradas verdades y se verá obligado a tomar la medicina, en la ocasión menos esperada.

(Concluirá.)

